

fundo saber) que se sustraiga á la influencia de la Santa Sede, caminará insensiblemente hácia la esclavitud, ó se precipitará en la revolucion, y tarde ó temprano la razon ó la desgracia traerá otra vez á toda nacion separada, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conociendo que le falta algo.”

CAPITULO IX.

DEL CATOLICISMO CONFRONTADO CON LOS DIVERSOS SISTEMAS DE ECONOMIA SOCIAL EN EL SIGLO XIX.

*Importancia de la economía social.—Su objeto y fin.—Lo que pensaban los antiguos de ella.—Mejora que el cristianismo ha introducido en esta ciencia.—Diversos sistemas adoptados por los economistas modernos.—Falsa teoría de la producción de las riquezas fundada en el monopolio industrial, en la filosofía sensualista y en la moral egoísta del interés personal.—Quesnay, Smith, Ricardo, Say, San Simon, Fourier y Ruberto Owen.—Homenaje tributado á las doctrinas de los señores de Conx y conde de Villeneuve de Bargemont.—Tentativas del filosofismo social para insinuar que el catolicismo es enemigo natural de la agricultura, de la industria y del comercio.—De sus funestos resultados en Europa.—Para poner término á estos*

*males, hay que juntar la influencia de los principios religiosos al progreso de la industria.—El catolicismo puede concurrir eficazmente á aumentar los elementos de la fortuna pública.—El espíritu de sacrificio que inspira, es la demostración de esta verdad.—Testimonio del señor Eugenio Buret que suministra pruebas de hechos.—Del catolicismo emanan la seguridad, la libertad y la caridad, tres condiciones indispensables al incremento social.—Votos del autor.—Conclusion de la obra.*

La importancia de la economía social explica la profusion de sistemas á que ha dado márgen. Todo individuo siente la necesidad constante de proveer á su subsistencia y de mejorar su bienestar. Por eso no hay cosa que parezca mas digna de interesar á la humanidad, que la ciencia que abraza los elementos positivos de la vida física y moral de las naciones. Esta es la ciencia de las leyes que dirigen la formación, repartición y acrecentamiento de las riquezas de los pueblos. Tratada en su totalidad, abrazaria la historia de la civilización entera. Segun la acepción de la palabra, es la de la economía social; lo que debe darnos á entender que no puede circunscribirse en los límites que la mayor parte de los escritores le señalan.

Como ha notado muy bien un juicioso autor, desde que se ha probado que las propiedades inmateriales, como el talento y las facultades personales

adquiridas, forman una parte integrante de las riquezas sociales: que los servicios prestados en los cargos mas elevados tienen su analogía con las ocupaciones mas humildes; desde que se han establecido con toda claridad las relaciones del individuo con el cuerpo social, y de éste con aquel y sus respectivos intereses, se ha averiguado que la economía social, cuyo objeto al parecer no era mas que los bienes materiales, abraza el sistema social entero. Considerada bajo este aspecto, toca á todas las ciencias y aun las abarca todas. Circunscribiéndose en la esfera de su actividad especial, nos conduce de los efectos á las causas, y de las causas á los efectos, y se compone no de hipótesis, sino de hechos: se funda en la esperencia y en realidades. Revela al hombre por qué medios se producen los bienes con los cuales subsiste la sociedad entera, é indica á cada individuo cómo puede multiplicar los recursos que la Providencia le ha distribuido. No se necesita mas para justificar la alta importancia atribuida á esta ciencia. No entra en el plan que nos hemos propuesto, esplicar los diferentes sistemas á que dió márgen desde la mas remota antigüedad. Nos limitaremos á decir sobre este punto, que los antiguos reflexionaron poco al parecer sobre el conjunto de los conocimientos que forman hoy el patrimonio de aquella.

Los griegos y los romanos no fundaban su subsistencia y sus acumulaciones mas que en la conquista y en la depredacion. La crematística sin

embargo era una ciencia caracterizada por Aristóteles. El señor de Sismondi ha ponderado muchísimo la precision con que Platon mismo se esplicó acerca de ella; pero aun no se habia pensado en darle una forma científica, un objeto distinto y separado de los otros ramos de la ciencia social por medio de la observacion y de la generalizacion de los hechos. Ademas de la desigualdad de las condiciones humanas, llevada hasta el último término por la esclavitud, debia reducirla necesariamente á estrechos límites. Los antiguos consideraban la riqueza como un hecho, y no habian cuidado jamas de investigar su naturaleza y causas: la abandonaban enteramente á los esfuerzos individuales de los que se ocupaban en crearla; y cuando el legislador era llamado de cualquiera modo á limitarla, no fijaba jamas su atencion en el interés pecuniario de la generalidad. Las ciencias cuyo objeto era cada uno de los ramos de la riqueza territorial, no se referian á un centro comun, no eran otros tantos corolarios de una ciencia general, sino que se trataban aisladamente y como si todas tuvieran en sí mismas sus propios principios (1).

Apareció el cristianismo, y el hecho solo de su influencia sobre el órden moral y material del universo, es un manantial inagotable de contemplacion y de estudio. Mejoró todos los sistemas que dirigian entonces la economía social de todos los pue-

(1) El señor de Sismondi.

blos. Despues se ha trabajado mucho, así en Francia como en Inglaterra, en Alemania y hasta en Prusia y en Rusia para esplicar las leyes secundarias que arreglan el progreso de la fortuna pública; pero es de sentir que la admirable sagacidad de que se han dado pruebas, no haya ido siempre á buscar sus inspiraciones en los principios verdaderos é indisputables. Turgot y Stevar determinaron las leyes que arreglan la distribucion del producto total de la tierra con el nombre de arrendamiento, de las ganancias del capital y de los jornales segun el estado de la civilizacion. Hicieron que dependiera de la fertilidad de las tierras, del aumento de los capitales y de la poblacion, de la habilidad de los cultivadores y de los instrumentos empleados en la agricultura. Los economistas secuaces de Quesnay, creian que nada se les podia objetar cuando sentaban el principio de que siendo la tierra únicamente la que puede producir, no hay otro producto real que el producto neto de las tierras. De donde concluian que era menester cargar la totalidad del impuesto directamente sobre las tierras. Smith se dedicó á esplicar el mecanismo de las leyes de la produccion, de la distribucion y del consumo de los valores enagenables, á sentar principios y á sacar de ellos conclusiones aplicables á la industria. Se ha defendido despues que la riqueza era únicamente el producto del trabajo. A principios del siglo XIX, el señor David Ricardo aseguró, conforme á unos principios tal vez demasiado absolutos, que el au-

mento de los impuestos no menoscababa en nada el producto y el consumo del pais. Quería que se cambiasen billetes de banco por barras de oro. Uno de sus principales adversarios fué el señor Bosanquet, cuyos errores de hecho y de deduccion, en decir del doctor Compeleston, pusieron en evidencia el talento del escritor que salió á vindicar la verdad. J. B. Say rehabilitó con aplauso las obras de la inteligencia que Smith habia separado como improductivas, y logró disponer la ciencia en un orden mas metódico é instructivo enriqueciéndola con investigaciones esactas y profundas.

Conocemos que se necesita un talento muy superior al nuestro para hacerse árbitro en semejantes materia. Así es que no nos hemos propuesto examinar la economia social en sí misma, y someter á nuestro cálculo la produccion de las riquezas, la aplicacion de los principios de la economia política á los diversos géneros de industria, los cambios y monedas, la influencia de las instituciones sobre la economia de las sociedades, la manera con que deben distribuirse las rentas en la sociedad, el número y condicion de los hombres, los consumos que se efectúan en la sociedad, y las rentas públicas. Tales consideraciones sobrepujarian visiblemente nuestros alcances, y no se dirigirian á nuestro objeto.

No basta someter los sistemas mas recientes al cálculo mas esacto: considerarlos no tanto en sí mismos cuanto en sus relaciones con las necesidades de las sociedades modernas, es la tarea que hay

derecho á esperar de nosotros. San Simon, Cárlos Fourier y Roberto Owen son unos pensadores extravagantes, y los primeros de nuestra época que han desplegado la bandera de la nueva era de organizacion social. Aquellos tres nombres componen por sí una familia: en ningun otro se encuentra ni tanta audacia, ni tanta ambicion.

Honrando el talento donde quiera que le encontramos, y agradecidos á todo hombre que se consagra á la gloriosa, pero dificil tarea de servir á su patria, nos mantendremos en la mas rigurosa reserva en cuanto á las personas: solo tomaremos en cuenta las cosas. Los sistemas de los economistas que acabamos de nombrar, ofrecen una completa abstraccion de las ideas religiosas. Sentando el principio del trabajo y de la civilizacion sobre la escitacion incesante de las necesidades, han fundado la teoría de la produccion de las riquezas en el monopolio industrial, la filosofia sensualista y la moral egoista del interés personal. ¿Qué puede esperarse de sus esfuerzos aunque sean reunidos? A presencia de las urgentes necesidades del siglo XIX, todas sus tentativas han sido impotentes.

Hay que convenir en que la sociedad tiene necesidad de la fé, de esa fé cristiana, no menos ilustrada que activa, que con sus promesas y temores escita al hombre á todo lo que es grande, noble y virtuoso, y le desvia de todo lo que propende á la vileza é infamia. Tiene necesidad de esa fé que hace al hombre tan celoso de sus derechos como

fiel al deber; de esa fé que en compensacion de las penas inseparables de la vida, le asegura los consuelos de la inmortalidad. ¿Qué han hecho nuestros llamados economistas para reanimarla en la multitud?

Al título de experimentador y de publicista, quiso San Simon, es verdad, agregar el de reformador religioso. Figurándose que el catolicismo no estaba ya en armonía con el progreso de las ciencias positivas, se esforzó á introducir en el mundo un nuevo cristianismo, que hacia consistir enteramente en el amor recíproco entre los hombres. A sus ojos este era el único artículo de fé inspirado por Dios. El único objeto de la religion debia consistir en dirigir la sociedad hácia la mejora mas rápida posible de la suerte de la clase mas numerosa y pobre. No hablaba de nuestros dogmas mas que para negarlos, de las divinas Escrituras sino para contradecirlas, y del Papa mas que para blasfemar. Sus sucesores, propagadores ardientes de las lecciones que habia recibido de su maestro, y redactado su llamado Símbolo, rebajaban la divinidad hasta igualarla con el hombre, y levantaban á San Simon hasta hacerle igual á Dios. Para sustituir la fé cristiana, llamaba en ayuda de su nuevo sistema social la ciencia de la especie humana, y revelándose contra el dualismo católico, reunieron sus esfuerzos para proclamar la rehabilitacion de la materia y de la inteligencia, de la carne y del espíritu. Los discípulos sin duda como

su maestro, afirmaban que únicamente querian dar al cristianismo una nueva transformacion y no pudo creérseles bajo su palabra. Se esforzaban á sustituir una base enteramente humana á la fé divina y á la moral severa y pura del Evangelio las risas y los placeres, la loca alegría y las voluptuosas emociones del vicio.

Fourrier habló á veces de Dios, del cristianismo y de la revelacion, de modo que hacia creer que conservaba aun ideas exactas de estas cosas; pero seguia como sin saberlo la senda panteista, y no podia parar mas que en un abismo. Su cosmogonía y su piscogonía ofrecen tal anomalía que son un verdadero caos. Una razon delirante en oposicion con la fé revelada sube sobre la trípode y anuncia oráculos. Toda creencia sucesiva se obra por la conjuncion del fluido austral y boreal: las almas humanas se transfunden siempre en cuerpo á fin de no privarse jamas de la sobreescitaciones sensuales. Todas las pasiones deberian tener su incremento libre y completo: buenas ó malas todas son de inspiracion divina, y por lo mismo legítimas. La atraccion apasionada es la voz de Dios, una brújula de revelacion permanente. Con la ayuda de un neologismo pomposo, no hay cosa que no ensaye contra los verdaderos principios religiosos. Nadie duda hoy que se dirigia á un paganismo refinado.

Roberto Owen ançaba entonces ocupado en sus sociedades cooperativas en Inglaterra, y se abria la

senda sensualista fatalista. No veia en el hombre mas que el juguete de las circunstancias, y cerrando los ojos sobre la perturbacion causada en la economía del ser moral por la caida del primer hombre, nadie le parecia bueno ni malo al nacer. Pretendiendo libertar á la humanidad de toda privacion y de toda regla, no le proponia otra recompensa en la tierra, que el consuelo de la virtud y la plena satisfacion de los sentidos.

Si con tales doctrinas se han podido figurar algunos que se reanimaria la fé de la multitud, se engañan admirablemente. Nosotros no podemos prever mas que resultas enteramente contrarias. Las consecuencias terribles, pero rigorosas, son la exclusion de toda creencia sobrenatural y divina, y la ontología de las potencias pasionales con todos sus excesos en el hombre.

¿Qué podia ganar con estos sistemas el progreso verdadero hácia el cual se ven impelidas las sociedades modernas? El sansimonismo, como prenda de union y de progreso, pedia la gerarquía de las capacidades, el adelantamiento de la industria, y la esperimentacion sucesiva y personal por entre las posiciones sociales mas diferentes. La luz que debia fecundar lo porvenir, era la ciencia general que iba á desplegar sus magnificencias. Adjudicando á los gefes de la doctrina la reversion de todos los bienes, desheredaba á la multitud de todo derecho de sucesibilidad. A falta de toda ventaja, esta utopia era á lo menos muy ingeniosa para

sensacar en beneficio de algunos la propiedad de los bienes de la nueva familia. El sistema de Fourier, no descubriendo mas que insensatez y decaídas en la civilizacion actual, únicamente veía la senda abierta á la prosperidad de los pueblos en la satisfaccion de todas las facultades y de todas las pasiones. Proponiéndose al parecer una organizacion de trabajo industrial y agrícola, propendia á sustituir á los esfuerzos incoherentes, decia, de nuestros comunes divididos, el esfuerzo combinado y fecundo de los comunes asociados.

Entre los trabajadores debía ecsistir la mejor armonía por la sola virtud de lo que él llamaba *el mecanismo seriario*. Segun la fórmula que se ha hecho célebre, todos los hombres debian estar asociados en capital, trabajo y talento. Owen metido en las vias del fatalismo no descubria en el hombre mas que un compuesto de organizacion original y de influencias exteriores. Segun él, debía abolirse la propiedad individual: la comunidad absoluta y la perfecta igualdad, eran las únicas bases posibles de una sociedad progresiva.

¿En qué, pues, podian venir á parar las teorías de estos tres reformadores? ¿Qué garantía de perfeccion social podian dar á la sociedad en definitiva? ¿Qué idea nos dan del hombre reduciéndole en cierta manera á la condicion del bruto, y haciéndole obedecer sin cesar al cabezon de la fatalidad? ¿De qué progreso puede ser capaz el hombre á quien aquellas no conceden el ejercicio de nin-

guna facultad espontánea? Por eso propenden á romper la individualidad para entronizar la comunidad. Pero ¿quién no ve que este espediente es un puro ideologismo, un sueño vano, porque habria que negar las pasiones para reducirlas á la resignacion? ¿Cómo se conseguiria cuando estas mismas teorías tratan de concederlas una satisfaccion ilimitada? El mismo Fourier conocia muy bien su importancia, cuando confesaba que queria hacer una esperiencia y no fundar una escuela.

Estos sistemas no podian cooperar al progreso del entendimiento humano en las ciencias, pues que en vez de aplicarle á ramos especiales de este género, le aplican simultáneamente á toda la generalidad que aquellas comprenden. La inteligencia, como perdida en este vasto terreno, no sabe á qué agregarse, y trepando una altura para medir su estension, ciera los ojos para no descubrir ya nada. La economía social que estos supuestos economistas tomaban al parecer tan á pechos, no iba á ganar nada. No viendo ellos la fuente de la fortuna pública mas que en la industria y en la comunidad de los bienes, cuya propiedad era esclusiva en beneficio de los gefes de la doctrina, nada podian hacer para la mejor materia de las sociedades. Los hechos demuestran que la verdadera fuente de la riqueza es la propiedad, y la propiedad repartida por particillas, individualizada, á fin de equilibrar los goces con las obligaciones, y graduar la recompensa en proporcion del trabajo. La feli-

cidad pasiva y parecida á la del bruto que se prometia al hombre, no pudo ser digna de él: quiere este recibir el justo precio de sus esfuerzos y de sus combates, á lo menos bajo el aspecto mas noble de sus dos destinos. En cuanto le ocurra la menor duda, lejos de andar, se detiene; y en vez de avanzar retrocede.

Sin duda estos nuevos sistemas han proclamado el amor de sus semejantes y unos principios de fraternidad. Convidan la humanidad á unas relaciones de otra naturaleza, y le indican un vínculo de afecto que debe unir á todos sus miembros, y hacerlos caminar en paz, con orden y con amor hácia un destino comun. Pero escluyendo por un lado toda intervencion coercitiva, y soltando por otro las riendas á todos los deleites, proclamando la promiscuidad, y declarando que la ley del universo debia ser en adelante la satisfaccion mas completa de las pasiones *en todos los puntos y en todas las cosas*, ¿no es evidente que en vez de unir á los hombres era este el único medio de desunirlos, y que lejos de estrechar los lazos sociales era romperlos?

Repítanse, si se quiere, con un escritor nuestro (1), los servicios que estas teorías han prestado á la humanidad. Por nuestra parte, uniéndonos con gusto á él para señalar los escollos de aquellas,

---

(1) El señor Reybaud. *Estudio de los reformadores contemporáneos.*

creemos un deber nuestro declarar en alta voz, conforme á nuestra conviccion personal, que la aparicion de dichas teorías en el mundo será siempre estéril para las mejoras sociales, y que su paso por la tierra completamente inútil para el bien, puede ser á cada instante la ocasion ó el pretexto de propender hácia unas consecuencias desastrosas. El aniquilamiento de toda religion, la abolicion de las instituciones fundamentales de la sociedad, la sangre... las lágrimas serian el único patrimonio de esta sociedad, juntamente con la embriaguez del deleite.

A este mal, que como un cáncer queria agarrarse al cuerpo social para devorarlo, opuso la Providencia un antídoto, levantando dos hombres que comprendieron su siglo y las necesidades de él, y des-cogieron la cadena de las verdades fundamentales de toda economía verdaderamente política y social. Sacaron de su alta inteligencia, luminada con las luces de la fé y de su corazon adornado de todas las virtudes, unas convicciones profundas, que revelaron al mundo la parte de influencia que indisputablemente han adquirido los principios religiosos en la economía social de los pueblos. El señor C. de Coux, profesor de economía política en la universidad católica de Malinas, y el vizconde de Villeneuve Bargemont, diputado francés, se han mostrado igualmente dignos de ocupar una página inmortal en nuestros anales. Con la luz de las dos antorchas de la ciencia y de la fé, el uno no cesa de

explorar las causas generadoras de la riqueza y las leyes generales que la rigen en su reparticion y acrecentamiento, y el otro traza la historia completa de la economía política con magníficos rasgos. Hace resaltar admirablemente las relaciones que la unen con las verdades reveladas y la moral cristiana, la influencia que las instituciones políticas y las creencias religiosas han ejercido constantemente sobre la condicion material de los pueblos, y la concordia íntima que ecsiste entre el órden moral y el industrial de las sociedades.

Nosotros no quisiéramos oponer otro broquel á los dardos aguzados de los adversarios de la verdad católica, que se han esforzado á establecer un antagonismo fatal entre aquella y la prosperidad material de los pueblos. Han querido hacer creer que el catolicismo es enemigo natural y necesario de la agricultura, de la industria y del comercio, y no hay medio que no hayan tanteado para sublevar contra él el amor de la familia y de la patria. Este torrente devastador ha abierto unas brechas tan grandes en la conciencia pública, que es difícil todavía sondear su profundidad. Si se quieren penetrar las cosas á fondo, inevitablemente se encontrará, ya en la inteligencia, ya en el corazón de las sociedades modernas, ese gusano roedor que amenaza devorarlas, el foco de un fuego oculto que las consume, el origen de ese disgusto general que sucesivamente se resuelve en crímenes, y el no poder sufrir ninguna calamidad, ni

aun aquellas que providencialmente se adjudicaron, por decirlo así, á la naturaleza humana.

Se ha observado que la clase media y el pueblo en el siglo XIX, están mas corrompidos que los ciudadanos y la plebe del régimen antiguo (1). A lado de grandes caractéres, de virtudes heróicas y de prodigios de virtud de que somos testigos, ¡qué caos de crímenes y discordia, de licencia desenfrenada y de espantosas miserias! Sin duda sentimos una admiracion respetuosa hácia esos modelos sublimes de piedad y de virtud, hácia esas imágenes vivas de la perfeccion humana que son ornamento inmortal de nuestro siglo; pero no pueden cerrarse los ojos sobre la indiferencia de ciertos hombres por la verdad religiosa y sobre su desprecio de las leyes de la moral. ¡Cómo las infringen y combaten muchos escritores nuestros! ¡Cuántas máximas perniciosas en sus composiciones dramáticas! ¡Qué inmoralidad en la materia de sus escritos! El soplo abrasador de tantas revoluciones que ha pasado por cima de nuestras cabezas, ha reanimado el impulso por otra parte tan natural al hombre hácia la codicia. La elevacion rápida de los unos no sirve sino de irritar las heridas y avivar las esperanzas de los otros. La juventud corre impaciente tras la riqueza y la celebridad, y su corazón es altivo y arrogante. Todo parece organizado para escitar el anhelo de las clases tra-

---

(1) El señor Matter.



bajadoras por mejorar su situación. Sus necesidades, sus padecimientos, y á veces la pasión, les hacen sentir infinitos deseos. Mientras que nuestros políticos no ven el progreso social mas que en el equilibrio de las instituciones constitucionales, aquellas clases escitadas por los debates que pasan á su vista, ventilan las cuestiones cuya resolución puede cambiar su suerte, y discuten los problemas mas complicados de organización social. Este ardiente deseo de cambio entre ellas, este despertamiento de su inteligencia acerca de todas las cuestiones de transformación política, de modificación de las relaciones existentes entre los maestros y los trabajadores, la apelación constante á los instintos groseros y á las pasiones vituperables del pueblo, la impaciencia con que se lleva el yugo de la ley, y el odio á toda autoridad: tales son los frutos producidos por los sistemas de esos economistas que han acabado con las tradiciones religiosas.

Viendo que los pueblos europeos, agitados por necesidades irresistibles, fermentan y hierven dentro de límites demasiado estrechos, se esclama: Proteged la industria: dirigid hácia sus pacíficas conquistas esos brazos innumerables que amenazan incesantemente armarse contra nuestras leyes, y esa actividad intelectual que pide alimento. Pero ¿quién no ve que no bastaría aumentar, aunque fuera en proporciones enormes, el movimiento del trabajo y de la producción? Aumente mas la Eu-

ropa su actividad creadora: multiplique sus caminos de hierro y sus máquinas de vapor elevadas á la mas alta potencia de celeridad: ocupe á millares de operarios: de bonísima gana aplaudiremos estos diferentes medios de aligerar el yugo del pauperismo; pero la experiencia diaria demuestra lo que puede esperarse de ellos. Con el uso único de estos recursos, la Europa no satisficiera plena y enteramente la necesidad general que la atormenta; y el fruto que sacase, distaria mucho de producir una verdadera mejora social. No puede uno considerar atentamente los estragos profundos del pauperismo que está desolando ahora á la Inglaterra, los dolores que hace sufrir á una multitud tan numerosa de habitantes, y los trastornos que amagan, sin experimentar un sentimiento de inesplicable tristeza, semejante al que inspira la vista de un anciano que se va apagando en lenta y penosa agonía. Esa nación tan vanagloriosa con su preponderancia marítima, ¿se aproximará al último día de las sociedades culpables? ¿Será semejante su suerte á la de aquel padre que nos pinta Dante en un calabozo sepulcral, condenado á espirar sobre los cadáveres de sus hijos que murieron pidiéndole pan.

Los hombres cuyos principios han preparado estos resultados horribles, quisieran atajar su incremento; pero ¿qué pueden hacer contra los progresos del mal los que han arrojado la semilla de él en el suelo británico? Pudieron abrir el abismo; pero

cerrarle no: pudieron dar la muerte; pero restituir á la vida jamas. Ahí como en otras partes, si se quiere buscar el remedio á las grandes llagas sociales, hay que recurrir no solamente á los hombres, sino á Dios. Y ¿por qué esa obstinacion de no querer conocer la necesidad de pedir al arquitecto que levantó el magestuoso edificio de las sociedades humanas, los medios con que podrian apuntalarse sus ruinosas paredes?

El mismo que sentó los cimientos, ha debido dar todos los medios de conservacion: conque para poner un término á las privaciones de las clases laboriosas no basta fijarse en cálculos de escritorio, ni en especulaciones de comercio. No ha de computarse solamente, como lo hacen algunos economistas de cortos alcances, si los alimentos animales son preferibles á los vegetales: cuál es la influencia de la baratura de los granos sobre las rentas: cuál es el efecto real del aumento que la marcha de la sociedad produce en el precio del producto en bruto, sobre los jornales y las ganancias: si el sistema prohibitivo debe prevalecer sobre el de libre circulacion: si en la teoría del cambio es feliz la idea de cambiar los billetes de banco por barras de oro de peso y pureza contrastadas: finalmente, por qué medios *puede hacerse que rindan los impuestos todo lo que son capaces de producir*. Es preciso empezar por recurrir á Dios, y reconocer al mismo tiempo que la Religion que enseña toda verdad y da fuerza para cumplir las virtudes mas grandes,

es la que proporciona á la multitud aun aquí en la tierra la mayor suma de prosperidad. Es menester que la ciencia de la economía social, lejos de permanecer indiferente al movimiento reparador dado á la inteligencia humana, reciba el reflejo luminoso de la eterna verdad, y que el acuerdo entre ella y los principios católicos se haga ostensible á los hombres de recto corazón. Entonces la caridad mitigará los males y los contrastes de la desigualdad social, y la economía política cumplirá completamente su excelente y glorioso destino.

Vanos serán los esfuerzos de los que en su atolondramiento desconocen la dichosa influencia del catolicismo para la prosperidad pública sobre las generaciones que se suceden. ¿Quién puede disputarnos cuánto puede contribuirse á acrecentar los elementos de la fortuna pública con el espíritu de sacrificio que inspira, la proscripcion de los vicios que condena, la prescripcion de las virtudes que proclama, y los deberes que impone? A él le pertenecen la inteligencia de la necesidad del pueblo, la expansion del corazón y la fuerza del ingenio: á él tambien las vivas inspiraciones y las miras lejanas de lo porvenir. Tal es, lo confesamos, la debilidad de nuestra naturaleza, que un culto que únicamente tuviese en su abono la verdad, correria grande riesgo de contar un corto número de prosélitos. Del mismo modo que la inteligencia no puede acceder á quedar en inaccion en el camino de la ciencia, el ardor de nuestra codicia no po-